IV Domingo Cuaresma - domingo Laetare

I Samuel 16:1, 6-7, 10-13; Efesios 5:8-14; Juan 9:1, 6-9, 13-17, 34-38

«Ese hombre que se llama Jesús, hizo barro, me untó los ojos y me dijo:
- Vete a Siloé y lávate. Yo fui, me lavé y vi»

22 Marzo 2020 P. Carlos Padilla Esteban

«Sueño con lo que puedo llegar a ser. Con un mundo mejor después de la crisis. Con la salud y el amor. Con la solidaridad. No seré el mismo cuando pase todo. Algo habrá cambiado. Seré mejor»

Existen muchas vidas ocultas, vidas que nadie ve. Muertes que pocos lloran. Ausencias que nadie percibe. Pero son vidas que han sembrado esperanza. Han sufrido en silencio. Y han dicho que sí a Dios en la soledad. Una frase de Mary Ann Evans, que escribía con el pseudónimo George Eliot, me conmueve en estos días: «*Que el bien siga creciendo en el mundo depende en parte de actos no históricos; y que las cosas no vayan tan mal entre nosotros como podría haber sido se debe en parte a aquellos que vivieron fielmente una vida oculta y descansan en tumbas que nadie visita*». Son santos no canonizados, no imitados, no admirados. Pienso en tantos que en estos días se dejan la vida sirviendo, salvando. Héroes anónimos. Pienso también en decisiones incomprendidas, esas voces escuchadas en la conciencia que parecen ir contra lo que todos piensan y creen. La película «*Una vida oculta*» narra la historia de Franz, un austriaco que fue ejecutado por no querer jurar lealtad a Hitler: «*Solo estamos de paso. Somos una sombra pasajera. El hombre tiene derecho a decidir. Debemos enfrentar al mal. Es mejor sufrir una injusticia que cometerla. Ya soy libre*». Bastaba con jurar lealtad con una firma para quedar libre. Pero él ya se sentía libre, estando preso. Nadie comprende su decisión. Y le dicen que es absurdo mantenerse firme: «*No puedes cambiar el mundo. No eres tan fuerte. Hay una diferencia entre el dolor que no podemos evitar y el dolor que elegimos. Olvidaste cómo es el mundo. Tu no hiciste el mundo de esta forma. Nadie es inocente. Todos tenemos la culpa. El que creó este mundo igual creo el mal*». Sólo su mujer cree en él y lo apoya: «*No importa lo que hagas. Estoy contigo. Haz lo correcto*». Y él sufre en su corazón: «*No pienso que él es el malo y yo el bueno. No lo sé todo. Pero tengo esta sensación dentro de mí. No puedo hacer algo que pienso que está mal*». Me quedo pensando. Hay decisiones incomprensibles. Una firma tan solo y sería libre y podría cuidar a su mujer, a sus hijas. Me quedo pesando en mis actos no históricos, en mis decisiones que nadie conoce, en mis virtudes no publicadas, en mi vida no admirada ni reconocida, en mi entrega oculta. Sé que yacerá todo en mi tumba no visitada. Gracias a mis actos el mundo irá cambiando. Gracias a mi opción por el bien. No es lógico que a los hombres buenos les pasen cosas malas. Pero es así. Sufren injusticias y dolores. El mal sucede. Y el bien es lo único que acaba cambiando el mundo. Aunque me dicen que no es posible, que yo sólo no puedo cambiar nada, que es todo más difícil, que hay mucha maldad a mi alrededor. Pero yo sé que dependen de mí muchas cosas y sí puedo cambiar la realidad. Puedo, si opto una y otra vez por la vida, por el bien, aún sin que nadie lo vea, aún sin ser noticia. Un acto bueno no es noticia. Un daño sí puede serlo. El bien pasa desapercibido. ¡Qué difícil mantenerme firme en las decisiones cruciales de mi vida! Cuando todo parece hablarme de lo contrario. Quiero ser fiel hasta el final, mantenerme firme en mis opciones de vida, en las fundamentales. La corriente quiere llevarme hacia otro lado. Quieren que claudique, que deje de lado mis creencias, que me adapte a los tiempos. Y yo no pretendo imponerle a nadie ni mi punto de vista, ni mi criterio. Simplemente quiero ser fiel a mí mismo, a lo que pienso, a lo que siento dentro de mi alma, a esa voz de Dios que susurra en mis oídos, y yo la oigo. Muchos quieren que opte por lo prudente, por lo que todos eligen, por lo que corresponde para no desentonar en este mundo. Y me tientan con decisiones distintas. Temo que mi orgullo sea el que influya y me lleve a decidir cosas difíciles que hieren a otros. Sé que toda decisión tiene sus consecuencias. Algunas dolorosas. Ser fiel a lo que creo, a lo que pienso, a mis valores, a mis principios, puede dejarme solo. Puede hacer daño a otros. Opto por el bien y vuelvo a elegirlo.

No es mi orgullo, es mi conciencia. No quiero que otros lo hagan, no juzgo a nadie. No me siento mejor que nadie. Simplemente tengo una vida por delante, la mía, llena de decisiones difíciles, de elecciones fundamentales. En mi mano está elegir un camino o el contrario, optar por un valor o abrazar otro opuesto. Está en mis manos. Puedo educar a los míos y ayudarles a tomar su vida en serio. Puedo ser libre siempre, aunque las cadenas pesen en mis muñecas. Eso no importa**. La libertad está en lo hondo de mi corazón y es lo que cuenta.**

A menudo me centro en lo que debería mejorar. Me amarga lo que hago mal. Y veo con claridad lo que los demás no hace bien. Repaso con ahínco mis puntos débiles y los de las personas amadas. Intento mejorar yo y que mejoren ellos. Me fijo en lo que está mal y podría estar mejor con un poco de esfuerzo. Al menos eso creo. Es como si me importara mucho más lo malo que lo que está bien. Quizás es que no he aprendido a ver el lado bueno de las cosas. No aprecio la luz que viene de las estrellas e ilumina la noche. Resalto simplemente que falta la luz del sol. Veo que mis defectos frenan mi crecimiento y no me fijo en lo bueno que hay en mi interior, en mi potencialidad. Presento los ideales como una virtud que sería bueno vivir y alcanzar. El ideal brilla fuera de mí, no lo poseo. Y yo me quedo en lo malo que hago o hacen. El ideal es perfecto y brilla. El pecado y el límite son feos y tienen poca luz. Cuando educo de acuerdo con esta mirada busco alcanzar lo que no tengo. Si soy perezoso, busco la diligencia. Si soy egoísta, la generosidad. Y no está mal. Es un camino. Lo malo es que tiendo a fijarme entonces en lo que no tengo. Pongo el acento en mis deficiencias, en mis carencias, en mis límites. El P. Kentenich me habla del ideal que es la imagen de Dios grabada en mi alma. Mi educación podría centrarse mejor en aspirar a vivir el ideal que Dios ha sembrado en mí. Está dentro y me señala la meta que anhelo. Es la fuerza interior que moviliza mi corazón. Pongo mi alma bajo la luz de un ideal que ya está en mí. Cuando educo queriendo eliminar defectos y adquirir virtudes me centro sólo en apagar estrellas del firmamento. Una noche estrellada, llena de numerosas estrellas, tantas como numerosos son mis defectos. Apago una y surge otra. Me centro en el deber ser y quiero eliminar lo que no me gusta. Puedo decir continuamente: «*Eso no se hace así. O, se debe hacer de este modo*». Un niño puede ser perezoso, egoísta, o poco servicial. Pero no me fijo en lo que sí hace bien, en lo que de verdad le apasiona, en lo que hay en su interior de bondad, reflejo de Dios. Don Bosco cuenta cómo empezó su camino de pedagogo. En la sacristía de la parroquia donde se encontraba apareció un joven con la intención de robar. El sacristán lo descubrió y le golpeaba. En ese momento apareció Don Bosco y se llevó al chico aparte para hablarle. Le preguntó si sabía algo sobre Dios o sobre la catequesis. El chico no respondía. No sabía nada. Hasta que se le ocurrió una pregunta clave: «*¿Sabes silbar?*». Al chico se le iluminó la cara con una sonrisa. Sí, sabía y comenzó a silbar. Una fuerza interior brotó de su corazón. Don Bosco escribe: «*En cada niño se esconde un lugar de irrupción para lo bueno. Nuestra tarea consiste en percibir esa receptividad para lo bueno, en cultivarla cuidadosamente y en cuidar que lo bueno se desarrolle*». A veces me centro en lo que falta. Pongo el acento en la carencia. Si descubro lo que de verdad hay, lo que me apasiona, lo que mueve mi corazón, estaré tocando la tecla adecuada, el tono correcto. En ese momento saldrá el sol y dejaré de ver las estrellas. Esa fuerza interior sacará lo mejor de mí y lograré con facilidad vencer algunas de mis debilidades. Educando desde el ideal se despierta la vida desde dentro. En la película *JoJo Rabbit* un niño tiene el sueño de ser como Hitler. Ese amigo secreto, que no le hará bien a la larga, sí que en ciertos momentos despierta en él fuerzas positivas. Le da alegría y pasión por la vida. Y, cuando recibe el rechazo de sus compañeros, le ayuda a creer en sí mismo. Más tarde verá que esos ideales no son válidos para él cuando descubre el amor humano, cercano, real y vence sus prejuicios y falsos ídolos. Entonces brotan en su corazón ideales que sacan lo mejor de él. Lo tengo claro, los ideales que elijo determinan mi vida, marcan el camino que sigo y orientan mis decisiones. El ideal tiene una fuerza poderosa en la educación de mi vida. ¿Cuáles son mis ideales? Decía el P. Kentenich: «*El poder del ideal es impredecible. A una gota de agua no se le ve poder alguno. Pero cuando cae en la grieta de una roca y se convierte allí en hielo, parte la roca (...). Los ideales son ideas. Mientras sólo sean ideas pensadas, el poder que anida en ellas permanece inoperante aun cuando se las piense con el mayor entusiasmo y con la convicción más firme. Su poder sólo actuará cuando se una a ellas el modo de ser de un hombre acrisolado*»[1]. El

[1] H. KING, *Textos pedagógicos*, J. KENTENICH

ideal, mientras sea una idea que no toque el corazón, no me cambiará por dentro. Pero cuando hago vida en mí esa idea. Cuando anida con fuerza en mi corazón. Cuando encuentra eco en mi interior y resuena en mi alma. En ese momento el ideal tendrá una fuerza poderosa. Como el agua que en la grieta rompe la roca. Como la gota de agua que cae sobre la piedra abriéndose paso. Por eso es tan importante mirar dentro de mí y saber qué modelos me atraen y sacan lo mejor de mí. Quiero tener claro quiénes son los hombres y mujeres que reflejan para mí un camino posible de vida. Quiero ser capaz de ver el ideal al que aspiro y que tiene que ver conmigo. Ese ideal despierta las fuerzas más nobles que hay en mi corazón. Me anima a aspirar a las cumbres más altas. Sacia la sed de mi corazón inquieto que sueña con un mundo mejor, con una vida más plena. No me fijo en este tiempo sagrado sólo en lo pecaminoso que hay en mí. No me detengo tan solo a tratar de pulir mis deficiencias y defectos. **Quiero que este tiempo de cuaresma despierte en mí lo mejor que tengo, esos ideales altos y saque de mi interior la belleza que Dios ha sembrado dentro de mí.**

A menudo me confronto con los anhelos de mi juventud, con esos sueños no olvidados aún prendidos en mi piel. Me confronto al mirarme al espejo y ver reflejado no a ese con el que soñaba, sino al que soy. ¿Por qué no estoy viviendo todo lo que soñaba? ¿Por qué los ideales de entonces no me siguen dando vida? ¿Es esta la forma de vivir que yo quería cuando comencé a caminar, a amar, a soñar? Creo que no siempre he soñado todo lo que ahora sueño. No sé el día, pero sí sé que un día me senté en la orilla de mi mar y comencé a soñar con cosas grandes. Soñé con la paz en el alma, en la mía, en la de todos. Soñé con una justicia que no veo ni en mí mismo. Soñé con un amor eterno capaz de saciar la sed de mi alma enferma. Soñé con una vida plena y no aburguesada, entregada sin guardarse, capaz de consumirse por servir al otro. Soñé con pasear por amplios acantilados mirando al sol ponerse al final del mar, donde se pierde mi mirada. Soñé con ser verdadero mientras detestaba esas mentiras que escuchaba a mis mayores, o esas otras mentiras que yo mismo vivía. Soñé con una libertad sagrada que no me dejara atarme a esclavitudes vacías. Soñé con ser honesto, puro, fiel como quien sueña lo imposible y se queda tranquilo. Soñé con un mar profundo y una barca capaz de alcanzar lejanas orillas, sin velas, sólo con mis pobres remos. Soñé con la eternidad que superara el dolor de los días que mueren, la enfermedad caduca, la soledad que hiere. Soñé con abrazar y ser abrazado porque mi alma de niño lo necesitaba. Soñé con una vida sana, profunda, sin límites, sin enfermedades extrañas que amenacen mi vida. Soñé con sanar a todos, a los heridos, a los desesperados. Soñé despierto y dormido. Soñé estando quieto y corriendo. Soñé con lo posible y lo imposible, con lo alcanzable y lo inabarcable. Y mis sueños se colaron muy dentro de mi alma. ¿He olvidado tontamente mis sueños? No, qué va, siguen ahí vivos, despiertos, a veces dormidos. Me gustaría recordarlos cada mañana, vestirlos de luz, lanzarlos como una cometa al viento de la tarde. Esperando que su luz ilumine mi alma enferma, cansada, gastada. Y su fuego logre encender de nuevo la llama dentro de mí, para que todo arda, mi alma, mi entorno, el mundo entero. Me da miedo dejar de soñar. Me da miedo que las dificultades sean tan grandes que mis ideales dejen de tener fuerza. No quiero detenerme. Quiero seguir soñando. Me asusta a veces callar, parar y sumergirme en mi alma y ver que, pasados los años, no he crecido tanto como deseaba. O quizás no soy el que soñaba. Mirando dentro de mí, en ese mundo tan desconocido y lleno de fantasmas en el que habito, me asusta verme pequeño y pobre. Me da miedo encontrarme con lo que no me gusta de mí, con lo que no le gusta a nadie, con mis zonas oscuras, con mi suciedad, con lo que no amo por más que lo intente. Me asusta ver cómo vivo y darme cuenta de mis errores. ¿Tengo remedio después de tantos años de camino? ¿Puedo empezar de nuevo? No aprendo fácilmente. ¿Tiene solución en mí todo aquello que me agobia ahora que me siento tan lejos, tan pobre, tan necesitado? Mis sueños, los ideales que un día encendieron mi alma, siguen vivos. Pero al ver mis límites prefiero echarle la culpa al mundo, a esta crisis, a este virus, a las prisas, a los demás que no han dejado que yo haga mi camino y tenga una vida más plena. Siempre habrá alguien que pueda cargar mi culpa y dejarme libre. Alguien al que acusar y denunciar ante los hombres. Me siento pobre, muy lejos de mis sueños, muy incapaz de encarnar esos ideales que soñaba. Pero no me desanimo. Tampoco en época de crisis en la que lo importante cobra más fuerza. En estos momentos escucho una frase que unos niños italianos escribían en las terrazas de sus casas ante este virus amenazante: *«Todo va a ir bien»*. Me conmueve esa mirada de niño. En medio de una crisis profunda. En medio de

la enfermedad que me asalta por todos lados. En medio de mis miedos cuando compruebo una y otra vez mi fragilidad. Entonces resuena en mi corazón una certeza: «*Todo va a ir bien*». Dios no me deja solo en medio de mi pobreza. Vuelve a encender en mi corazón esos ideales que me permiten creer de nuevo. Vuelvo a decir que sí creo, que sí puedo. Y una canción de Diego Torres se enciende dentro de mi alma: «*Sé que hay en tus ojos con solo mirar, que estas cansado de andar y de andar y caminar girando siempre en un lugar. Sé que las ventanas se pueden abrir, cambiar el aire depende de ti, te ayudará vale la pena una vez más. Saber que se puede, querer que se pueda, quitarse los miedos, sacarlos afuera. Pintarse la cara color esperanza. Tentar al futuro con el corazón. Es mejor perderse que nunca embarcar. Mejor tentarse a dejar de intentar. Aunque ya ves que no es tan fácil empezar. Sé que lo imposible se puede lograr, que la tristeza algún día se irá*». Me gusta esa mirada. Saco mis miedos afuera. Me pinto de esperanza el alma. Y miro al futuro con optimismo. Sueño con lo que puedo llegar a ser. Con un mundo mejor después de tanta crisis. Con la salud y el amor. Con la vida y la solidaridad. Con un mundo mejor que renazca desde sus cenizas. No seré el mismo cuando todo pase. **Algo habrá cambiado en mí para siempre. Seré mejor, más humano, más libre. Estoy seguro.**

La cuarentena que se me impone me ayuda a tomar conciencia de muchas cosas. La primera es darme cuenta de que mis actos tienen repercusiones. Mi salud no es sólo mía, afecta al resto. Soy responsable. Cuido especialmente a los débiles, a los más vulnerables. De repente poseo todo el tiempo del mundo. Puedo aburrirme, puedo perder las horas que poseo. Sólo tengo eso, mucho tiempo. Ya no voy corriendo de un lado para otro. Puedo detenerme. Dejo de mirar mi celular y miro a los otros. Busco en este tiempo de pausa al Dios que se detiene junto a mí, en mi hogar. Eso me da paz. No camino yo solo. No estoy solo, aunque lo parezca mirando mi vida de reclusión. No puedo salir, me quedo en casa. Nunca antes me habían prohibido dar un paseo, salir a la calle, ponerme a andar. Nunca antes tenía que tener un motivo para salir, casi que lo tenía que tener para estar en casa. Cambian las circunstancias. Cambia todo. No entiendo mucho el sentido del sinsentido. Una parálisis a nivel mundial. No es local, todo está globalizado. La amenaza de la muerte. La angustia por la situación económica personal y de tantos a mi alrededor. El miedo en medio de mi soledad. Cuando la creatividad tiene que ponerse en marcha. Cuarenta días de desierto hasta la Pascua. Veo la luz en medio del claroscuro de la vida. Es como siempre. Pero ahora de forma acentuada. Me siento perdido con todo el tiempo del mundo en mis manos. Me da miedo aburrirme, o perder el sentido de la vida. El espacio se reduce. Las paredes me aprisionan. Quiero salir, huir, escaparme. ¿De mí mismo? Muchas veces sí, es una huida hacia delante. Huyo de mis sombras, de mis propios temores. Huyo de mi propio yo con el que tengo que convivir y compartir la vida. En medio de la noche de mi vida se me invita a alegrarme y confiar. Porque el Señor está conmigo y me sostiene, me sosiega. Hoy rezo: «*El Señor es mi pastor, nada me falta. Por prados de fresca hierba me apacienta. Hacia las aguas de reposo me conduce, y conforta mi alma; me guía por senderos de justicia, en gracia de su nombre. Aunque pase por valle tenebroso, ningún mal temeré, porque tú vas conmigo; tu vara y tu cayado, ellos me sosiegan*». Quieren que me alegre cuando no veo motivos de alegría. No hay brotes verdes que me hablen de esperanza. Sólo la noche, la soledad, las calles vacías, los colegios sin niños, los locales cerrados. Nadie caminando por los parques. No hay coches, ni prisas. Y me piden que me alegre porque estoy llamado a ser luz: «*Porque en otro tiempo fuisteis tinieblas; mas ahora sois luz en el Señor. Vivid como hijos de la luz; pues el fruto de la luz consiste en toda bondad, justicia y verdad*». No quiero que la tiniebla de la desesperanza me abrume y hunda en la tristeza. No lo quiero. Mi vida es mucho más grande. Es más plena. Estoy llamado a vivir con alegría este tiempo de oscuridad, de noche, de desvelo. ¿Qué puede hacer mi alma con tantas incertidumbres? La vida es muy larga, me repito, es eterna. Y como desde lo alto de un monte vislumbro un nuevo amanecer. Seguro que seré distinto cuando pase la noche. Al menos no quiero seguir igual que antes, esa es mi tentación. Quiero que algo haya cambiado. Mis prioridades, mis elecciones, mis gustos, mis deseos. Quiero que mi corazón sea más grande. Y mi pasión por la vida más poderosa. Quiero vivir de forma más solidaria. Entender que los que importan son los que se quedan conmigo cuando la noche viene y sólo me queda vivir recluido. Los que permanecen a mi lado cuando se apagan los focos de la fiesta. Los que no me abandonan cuando soy contagioso y puedo complicarle la vida a los demás. Por un momento compruebo que valgo por lo que soy y no tanto por lo que hago, por lo

que tengo. Porque no puedo hacer lo que sé hacer y todos los planes de mi agenda caen de golpe abismándome en el vacío. No hago nada. O mejor, no tengo nada que hacer. Y mi alma se siente incómoda, tan acostumbrada a producir, a gustar, a lograr, a conseguir. Una soledad recluida, una vida sin esperanza. ¿Cuándo acabará todo esto? ¿Cuándo empezará realmente? No lo sé. No hay fechas. No puedo decidir yo el día. No tengo el poder de abrir las puertas que dan a la calle. Surge el miedo y la angustia. Sobreviviré en medio de tantas vicisitudes. Una canción del Dúo dinámico, *Resistiré*, me da esperanza, es un rayo de luz, un grito de alegría: *«Cuando pierda todas las partidas, Cuando duerma con la soledad, Cuando se me cierren las salidas, Y la noche no me deje en paz. Cuando sienta miedo del silencio. Cuando cueste mantenerme en pie. Resistiré, erguido frente a todo. Me volveré de hierro para endurecer la piel. Y aunque los vientos de la vida soplen fuerte. Soy como el junco que se dobla, Pero siempre sigue en pie. Resistiré, para seguir viviendo. Soportaré los golpes y jamás me rendiré. Y aunque los sueños se me rompan en pedazos. Resistiré. Cuando el mundo pierda toda magia. Cuando mi enemigo sea yo. Cuando me apuñale la nostalgia. Y no reconozca ni mi voz. Cuando me amenace la locura».* En tiempos de noche, cuando los sueños se rompen, me levantaré para seguir luchando, confiando. En medio de mi soledad miro hacia delante, hacia los lados. Algo habré aprendido. Al final del túnel hay una luz que da esperanza y alegría. Algo habrá cambiado. Mi corazón en la Pascua tendrá otros colores, otra luz. Veré con otros ojos, tendré otra mirada y otros sueños. **No seré el mismo cuando me levante de mi lecho. No seré el mismo, Dios me habrá cambiado cuando salga. Lo sé, estoy seguro.**

Hoy un ciego comienza a ver. Un ciego de nacimiento. Jesús le devuelve la vista: *«Vio, al pasar, a un hombre ciego de nacimiento. Dicho esto, escupió en tierra, hizo barro con la saliva, y untó con el barro los ojos del ciego y le dijo: Vete, lávate en la piscina de Siloé. Mientras estoy en el mundo, soy luz del mundo. El fue, se lavó y volvió ya viendo».* Me gusta recorrer la cuaresma. Es un tiempo de desierto. Ahora más que nunca. Mantengo la mirada esperanzada desde el monte. Busco la fuente en el corazón de Jesús que calma mi sed. Quiero vivir la alegría a la que Jesús me invita en medio de mis miedos y ansiedades. Pienso en el ciego que no ve y súbitamente recobra la vista. Me impresiona esa mirada recobrada. Esos ojos que se abren a la luz del día. Han dejado las tinieblas de la noche y han comenzado a ver por vez primera. No me gustan las tinieblas, ni la oscuridad de la noche. Me angustia no poder ver y caminar a tientas por la vida. Hoy escucho: *«Despierta tú que duermes, y levántate de entre los muertos, y te iluminará Cristo».* Tengo una ceguera del alma que no me permite ver. Veo sólo lo malo, lo oscuro, lo gris. Pierdo la sensibilidad para los colores, para la luz, para lo bueno, para la victoria, para la gloria. No me desmoralizo. No pierdo la esperanza. Jesús pasa por mi lado y me devuelve la vista perdida. Me alegro, porque antes no veía y ahora veo. Por un momento me sentí ciego. Pensé que nada tenía sentido y que todo estaba condenado a un final amargo. Pero ahora Jesús pasa por mi lado. Repito confiado en mi corazón: *«Si no tuviera miedo, Jesús, no vendrías a mí».* El miedo atrae a Jesús hasta mí. Igual que mi ceguera despierta su deseo de hacer barro entre sus dedos y untar mis párpados cerrados. Mi ceguera no me permite ver. ¡Cuánto me cuesta ver a Dios en mi vida! Es como si el mal fuera más fuerte. Y el miedo a perderlo todo nublara mi ánimo. Jesús me dice que Él es mi luz, mi esperanza, mi alegría. Y mis ojos se abren en medio de la oscuridad. ¿Cómo es posible seguir creyendo en medio de un mal que amenaza al mundo entero? ¿Cómo se puede vencer el mal de este mundo, la enfermedad, esta pandemia? El miedo me vuelve ciego. Si no tuviera miedo, si no estuviera ciego, Él no vendría hasta mí. Él viene, se acerca, me toca los ojos. Me ve ciego en medio del camino. Pienso en mis pobres ojos que no ven. Pienso en ese Jesús que viene hasta mí a tocar mi vida: *«Me puso barro sobre los ojos, me lavé y veo».* Su amor me salva, me devuelve la vista perdida. Esa vista que no me deja ver a Dios en mi vida y me hace dudar. ¿Por qué permite el mal en el mundo? ¿Y la enfermedad y la muerte de seres queridos? ¿Por qué permite Dios este tiempo en el que me hallo confinado, con miedo a la incertidumbre? ¿Por qué no lo veo? Muchos no vieron a Jesús ese día que relata el evangelio: *«Tú eres discípulo de ese hombre; nosotros somos discípulos de Moisés. Nosotros sabemos que a Moisés le habló Dios; pero ése no sabemos de dónde es».* No creyeron en su poder, tampoco siguieron sus pasos. Y un ciego comenzó a ver y vio a Dios en Jesús: *«¿Y quién es, Señor, para que crea en él? Jesús le dijo: - Le has visto; el que está hablando contigo, ése es. El entonces dijo: - Creo, Señor. Y se postró ante él».* Este hombre ciego comienza a ver y descubre a Dios en Jesús. Al Salvador en la piel de un hombre como él. Ha sido curado y cree en el poder de Dios. Tiene fe. Otros que lo ven no lo reconocen. Me impresiona. Yo tampoco lo veo muchas veces en la vida y me pregunto lo mismo que

una persona reflexionaba el otro día: «*Yo no entiendo la vida, pero, ¿quién soy yo para preguntar el por qué? Muchas veces cuando veo la tragedia de la vida, me pregunto si tienen razón diciendo que Dios no interviene en nuestras vidas. Cuestión a la que solo puedo responder por mi fe. Yo siento que actúa en mi día a día en cada instante, porque si no, dejaría de respirar. Pero me pregunto por qué protege a unos y a otros no*». Me cuesta entender muchas cosas. Pero no dudo de su presencia. Sé que está presente en mis miedos y mis dudas. En mi dolor y mi ansiedad. Quiero que todo se arregle rápidamente y no sé vivir con paciencia el presente, el día a día. Las horas monótonas que descansan entre los dedos. Deseo ver a Dios oculto en el dolor, en el sinsentido, en el miedo, en mi ceguera. Necesito aprender a ver al Dios escondido en mi vida. Ese Dios que viene a salvarme, a sacarme de mi monotonía, de mi pobreza. Toma barro entre sus dedos y se acerca a mis ojos. Quiero ver. La Cuaresma es el camino de los ciegos hacia la luz de Jesús. Es el camino que va de la muerte a la vida. Mi corazón se alegra ya desde antes de que llegue la luz a mi alma. Desde antes del final, aunque todo parezca tan frágil e inestable. No importa. Confío en sus dedos con barro cerca de mis ojos. Sólo tendré que lavarme. Eso que me piden que ahora haga con tanta frecuencia. Me lavo los ojos para ver. Lavo mi alma para ver. **Lavo mis manos, mi vida, para ver. Jesús puede hacerlo en mí. Puede hacer que vea.**

Mis ojos están cansados de tanto ver luz sin ver. Cansados de no reconocer a Jesús. Cansados de no ver más que la oscuridad. Cansados de ver sólo rostros y no corazones. Hoy Samuel no logra ver corazones, ve sólo el aspecto exterior: «*No mires su apariencia ni su gran estatura, pues yo le he descartado. La mirada de Dios no es como la mirada del hombre, pues el hombre mira las apariencias, pero Yahveh mira el corazón*». Dios mira el corazón. Yo me fijo en la apariencia. Veo rostros, no corazones. Veo la superficie de las cosas, no la hondura bajo el agua. Me gustaría tener un corazón capaz de ir a la profundidad. Me gustaría mirar más dentro de cada persona y ver a Dios oculto detrás de la apariencia. Me cuesta ver, me cuesta creer. Tengo el corazón lleno de miedos y dudas. La fe es tan débil. Y recuerdo al zorro hablándole al principito: «*He aquí mi secreto, que no puede ser más simple: sólo con el corazón se puede ver bien; lo esencial es invisible para los ojos. - Lo esencial es invisible para los ojos- repitió el principito para acordarse. - Lo que hace más importante a tu rosa, es el tiempo que tú has perdido con ella*»[2]. Importa el tiempo que paso con mi rosa, con los míos. El tiempo en el que cuido mis vínculos. La vida es siempre el mismo tiempo que tengo ante mis ojos. Puedo usarlo bien, puedo perderlo. Lo esencial es lo importante. Y yo no veo muy dentro. Se me pasa por alto lo importante. Me fijo en lo que brilla y reluce. Y me pasa como a Samuel. No sé elegir. Samuel va a elegir al ungido elegido por Dios y se confunde: «*Sin duda está ante Yahveh su ungido*». Pero no, se equivoca. El elegido es David, el más pequeño, el que aparentemente no es el elegido. Yo me sigo fiando de mi intuición primera. Y me equivoco. Soy un ciego. Me quedo en los ojos, en el rostro, en las palabras. Y no logro ver de primeras el corazón. Juzgo y me confundo. Soy un ciego para ver el alma de las personas que es lo que de verdad importa. Esa es mi ceguera. No comprendo que Dios me regala todo en la vida para que aprenda a vivir. Cada tiempo tiene su enseñanza y de mí depende leerla debajo de la superficie de las cosas. Aprender a mirar no es tan sencillo. Comentaba una sicóloga: «*La felicidad no es lo que nos pasa sino como interpretamos lo que nos pasa. Elegir felicidad en lugar de infidelidad. Aprender a disfrutar en la medida de lo posible. La felicidad depende de superar heridas y dificultades*»[3]. De mi mirada depende cómo vivir este tiempo. De mi forma de aprender a ver bajo la superficie de las cosas. En la vida puedo quedarme en el envoltorio de los regalos. Si relucen, si parecen valiosos. Luego tengo que abrir el envoltorio y ver lo que hay en su interior. Mi ceguera me lleva a no saber ver bien lo valioso detrás de lo difícil. Vivo quejándome de las circunstancias adversas. Me vuelvo inseguro. Pierdo las certezas. Mi queja ser eleva como un clamor, como un llanto. Busco culpables. Responsables de haber llegado a este punto. Alguien debería responder. Mi ceguera no me deja ver más que lo malo que me rodea. El dolor, la enfermedad, el llanto. Mi ceguera me centra en mí mismo. No veo, me siento inseguro y pienso sólo en mí, en salvar mi vida. La vida de los demás no me interesa. Sólo la mía es importante. Mi vida, mis sueños, mis caminos, mis logros. La vida de los demás importa menos. Aprender a mirar supone un cambio de actitud ante la vida. En lugar de caminar cariacontecido sonrío, me río de la vida, miro todo con paz y esperanza. Necesito fe. Si toda esta

[2] Antoine de Saint-Exupéry, el Principito
[3] Marian Rojas Estapé, Cómo hacer que te pasen cosas buenas

crisis mundial me enseña una nueva forma de mirar la vida algo habré aprendido. Esa es la verdadera Pascua que espero. El paso de Dios por mi corazón que me abre los ojos y me enseña a mirar muy dentro, a ver lo esencial, a apreciar lo que merece la pena. El hombre de Dios, con la mirada de Dios, mira confiado en medio de la tormenta. No se amedranta ante las dificultades. Mira hacia delante y ve la luz al final del túnel. Sonríe en la adversidad y le saca provecho a todo lo que le toca vivir. **No se amarga, no se inquieta, confía. Esa mirada es la que yo necesito**.